

La picardía inocente

¡Mira lo que trajo el mar!

MARCELA VELÁSQUEZ GUIRAL
GUSTAVO ROSEMFET, “GUSTI”
(ilustración)

Panamericana, Bogotá, 2016, 112 pp.

ENTRE LOS recursos literarios más complejos de lograr, y que mejor manejo demuestran del lenguaje y de la capacidad de proyectar universos aparentemente reales solo a partir de palabras, se cuentan el humor y los diálogos. Ambos son componentes clave de *¡Mira lo que trajo el mar!*, de Marcela Velásquez, una novela dividida en catorce relatos cortos o viñetas con unidad, pero también con valor literario independiente, que se suman generando una obra de alto nivel para el disfrute de niños y jóvenes lectores.

El libro fue el primero de los dos que ha publicado Velásquez, en ambos casos producto del premio en un concurso literario, y en esta ocasión de la Beca de Creación en Literatura Infantil (2012), en el género cuento, de la Alcaldía de Medellín, libro publicado originalmente por Frailejón Editores y reeditado por Panamericana. Su segundo libro es la novela juvenil *Se resfriaron los sapos*, que en 2015 se hizo acreedora al VIII Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor, de la Biblioteca Luis Ángel Arango. En este último caso, el jurado dijo haber seleccionado su obra porque “supo evocar el humor en medio de la tragedia, la fuerza de los personajes, la maestría en la evocación de las atmósferas, el preciso rescate de la oralidad y su delicado tratamiento de la vida en una pequeña comunidad minera”.

Si se elimina la mención a la comunidad minera, el diagnóstico del jurado del Premio Barco de Vapor se podría aplicar perfectamente al primer libro de Velásquez. *¡Mira lo que trajo el mar!* es, ante todo, una novela que logra valerse de la sencillez y la directa forma de ser de los niños para abordar temas complejos como la enfermedad, la muerte, la pobreza, los problemas intrafamiliares, la locura y el sentimiento de soledad.

¡Mira lo que trajo el mar! se divide en tres partes, cada una compuesta por cuatro o cinco minirrelatos que, de

manera acumulativa, van perfilando la vida cotidiana de un pueblo costero imaginario, Miratt, en el cual Velásquez ha otorgado el protagonismo a sus habitantes más jóvenes, sin por ello dejar de construir los personajes típicos de comunidades como estas: el loquito bobo, el rico del pueblo, el enfermo que da lástima. Logra perfilar así la realidad de una comunidad costera, entre la precariedad, la pobreza, el hambre y el turismo, vistos todos bajo la picarona y a la vez inocente perspectiva de los niños.

Cada minirrelato resalta una particularidad del comportamiento típico infantil y/o adulto en Miratt, acompañada a su vez de enseñanzas y reflexiones detrás de cada narración, como en el caso de “Feliz cumpleaños”. Es gracias a esta versatilidad que se dan, por ejemplo, apartados tremendamente chistosos, pillos e inocentes, como aquellos dedicados a las aventuras de Tribi y Agustino con el pollo holandés de doña Clemencia, al cual trasquilan y luego tratan de imitar pintando de negro otro pollo convencional, cuando temen haber dejado escapar al pollo holandés original.

Otros apartados son extraordinariamente emotivos y conmovedores, a la vez que suponen golpes fuertes a la conciencia y una reflexión sobre los tipos de familia y de pareja que no construyen ni validan al sujeto, sino al contrario, lo afectan y desgastan. Es este el caso de “Milagro” y la historia de Eva, una embarazada primeriza, y Ricardo, su esposo, un borracho empedernido.

Velásquez logra con su pluma recrear la infinita capacidad imaginativa de los niños, lo que hace que cualquier anécdota se convierta en aventura y motivo de maravilla para el lector. Piénsese por ejemplo en el relato “El regalo de la abuela”:

Mientras la anciana busca entre el armario, por la mente de Tribi los tesoros y los barcos de la historia empiezan a crear imágenes en el pasado de su abuela como una pirata; imaginaba que ella había estado en los siete mares batiéndose en duelo por miles de tesoros, que luchaba por los desvalidos y que llevaba un parche en un ojo, una pata de palo, un garfio en la mano y un loro en el hombro. (p. 84)

Su visión de los niños va más allá del rescate de su creatividad y resalta el carácter comprensivo, sabio y carente de dramatismos con el que son capaces de entender el mundo, tal como puede verse en la postura de Marthita frente a la enfermedad de su madre:

Marthita sabe de los trastornos de su mamá desde que estaba muy pequeña. Sabe que sus enemigos no existen en el mundo exterior, sino en su mente. Sin embargo, no por ello son menos reales ni menos peligrosos; al contrario, algo exige extremar las precauciones para cuidarla. (p. 74)

La narración, urdida tan de la mano con la visión infantil de los niños de Miratt, permite introducir lecciones sobre las verdaderas riquezas y, con un humor lapidario, logra desmontar convencionalismos sociales:

Doña Clemencia —paz tenga algún día— es la mujer más rica, la más alta y la que mejor viste. A pesar de parecer una muerta escapada del cementerio, doña Clemencia camina con una elegancia que envidian todas las mujeres de Miratt. (p. 89)

De esta forma se construye en la novela una postura que reivindica lo sencillo y el valor de las cosas que no son económicamente tasables, es decir, los sentimientos bonitos, las buenas intenciones. Lo anterior se traduce en el homenaje a cosas tan simples como la inocencia con la que Miguel va probando los dos mangos maduros que bajó de los árboles para decidir cuál es el más rico y el que le regalará a Marthita una vez llegue a su casa, y que termina comiéndose enteros antes de decidirse por alguno de ellos. Es el rescate de la vida y riqueza interior de cada quien, que se acompasa al ritmo de la misma naturaleza circundante. Esa es la razón por la que “ni el mismo Tribi lo sabe, solo le consta que olvidando el ruido que le mortifica puede sentir los latidos de su corazón y la vida que bulle dentro del manglar” (p. 30).

La narración ágil de Velásquez va acompañada por las ilustraciones de Gusti al inicio de cada apartado. Él, con su característico trazo burdo y rápido, casi infantil, evoca muy bien

el universo narrativo de Velásquez y da completitud a la obra.

¡Mira lo que trajo el mar! es una novela muy bien lograda que trata temas complejos con naturalidad, buena cadencia y un manejo impecable del humor. Definitivamente una obra recomendable para jóvenes lectores, que fomenta el gusto por la lectura a la vez que transmite valores sin necesidad de aleccionar.

Melisa Restrepo Molina